

LIBRO XI.

Juicio crítico de la expedición de Crimea.—Viaje del emperador Alejandro á las provincias meridionales del imperio.

La jornada de 8 de setiembre habria salvado de una crisis terrible el honor de las armas de la alianza anglo-francesa, y el resultado de la campaña reprodujo las discusiones á que se habian lanzado los publicistas sobre el mérito de la expedición de Crimea. Los unos apelaban al incendio de la plaza sitiada y á la destruccion de la escuadra rusa para manifestar el acierto de aquella medida, pero los otros negaban rotundamente la ineficacia del triunfo obtenido en el Karabelnaia para conseguir el objeto de la guerra: los primeros cifraban la ocupacion de toda la Crimea en la caída de la parte meridional de Sebastopol, y los segundos se estendian en demostraciones científicas para probar que la ruina de aquella ciudad hacia todavía mas fuerte la posicion del ejército ruso, sin que tampoco pudiese considerarse como un hecho decisivo para terminar la lucha la conquista de la península entera. «Trescientos mil hombres hay actualmente en un espacio de cuarenta millas cuadradas del extremo meridional de Crimea, decia Mr. Cobden á fines de 1855, esperando la primavera para continuar la lucha. ¿Cuál será su primera operacion? Si los rusos están resueltos á defenderse en la península, los aliados abrirán probablemente la campaña atacándolos en sus posiciones, escogidas sin duda con acierto y fortificadas durante el invierno con suma actividad, mas aun suponiendo el resultado mas favorable, es decir, que los rusos se vean forzados á retirarse despues de una serie de encuentros obstinados y sangrientos abandonando toda la Crimea al enemigo ¿qué sucederá? Si los aliados se hacen dueños de Crimea, necesitarán un ejército para ocuparla, pero si prefieren abandonarla, bastará con doce horas de tiempo para que se muestren de nuevo las lanzas de los cosacos sobre las ruinas de Sebastopol, y ¿qué fruto habremos sacado con apoderarnos de esta ciudad á costa de tantos esfuerzos? En ambos casos ¿qué operaciones emprenderemos? Si se hace la guerra en Besarabia, en el Dnieper ó en el Bug, se necesitará otro ejército para sustituir al que quede en Crimea y para cubrir las bajas que se hayan experimentado durante la espulsion de los rusos. Otros quieren que cuando el enemigo salga de Crimea se retire nuestro ejército para convertir la guerra en un bloqueo naval; pero ¿por ventura estarán ociosos los ejércitos rusos cuando no se vean amenazados? Rusia está en guerra con Turquía, y ¿acaso no puede enviar refuerzos á Georgia por el paso de Dariel, ó por la magnífica via del Volga y del mar Caspio, inaccesible á nuestros buques, resarciéndose de lo que haya perdido en Crimea, como ha dicho Mr. Layard, por medio de nuevas conquistas en el Asia menor? Nó, Francia é Inglaterra deben continuar la lucha hasta que se concluya la paz entre Rusia y Turquía.

»Supongamos que se continúen las operaciones á que se ha dado principio por la toma de Kinburn, y que despues de la conquista de Crimea los ejércitos aliados ataquen á Nicolaieff, apesar de las dificultades naturales y de los obstáculos que ha creado el ingenio de Todleben. Su-

pongamos que este arsenal concluya por sucumbir, que continúe la guerra; que se ponga sitio á Perecop, que sean atacados los fuertes del Danubio, y que desembarque un ejército en Odesa para ocuparla (pues no quiero estremar el cálculo hasta el punto de suponer el infame bombardeo de este depósito mercantil). Supongamos que el triunfo coroné todas estas operaciones, que caigan en poder de los aliados todas las plazas situadas á cincuenta millas de distancia del mar Negro, y que nos creamos en la posibilidad de enviar á Tiflis un ejército para espulsar á los rusos de Georgia y de las provincias de allende el Cáucaso. A fuerza de tiempo y de sacrificios, infinitamente mayores que cuantos se han hecho hasta ahora; no he negado nunca que dos naciones como Francia é Inglaterra puedan conseguir todos estos objetos; mas para ello será preciso multiplicar continuamente los recursos personales y pecuniarios, y luego despues de haber consumado todas estas proezas en una serie de campañas siempre victoriosas y de haberse cumplido las mas salvajes esperanzas de los mas ardientes partidarios de la guerra ¿qué sucederá? Dícese que Rusia hará proposiciones; pero ¿qué proposiciones? Bien sabemos lo que ha ofrecido y desechado en Viena, pero ¿quién sabe lo que queremos? Los unos dicen que es necesario exigir de Rusia una sólida garantía para lo futuro, pero sin determinarla; los otros quieren arrancarle la Polonia y la Circasia; no falta quien se contente con la Crimea, y aun hay otros que exigen una garantía mas fuerte para evitar una reincidencia, pues bien puede suponerse que exijan condiciones tan duras, en pos de tantos y siempre nuevos sacrificios de sangre y de dinero, los que en las conferencias de Viena querian la continuacion de la guerra; pero Rusia las rechaza, diciendo que con ellas abdica la soberanía en su propio suelo, y está resuelta á resistir hasta el último trance contra cualquiera tentativa que se haga para humillarla.»

Preseindiendo de todos los cálculos con que el célebre publicista desvanecía las ilusiones que pudieran haberse forjado sus compatriotas sobre el objeto de la guerra, siempre nos ha parecido que la expedición de Crimea fué una verdadera aventura. Carecemos de datos suficientes para consignar el verdadero origen de aquella campaña, pero si es cierto que la expedición de Crimea deba atribuirse al gefe actual de la nacion francesa, no andaban muy desacertados en nuestro concepto los que suponian que Napoleon III comenzaba por donde habia concluido su tío, pues ¿qué resultado podia esperarse de una campaña tan mezquina contra el imperio ruso, mayormente sin tener noticia de las fuerzas ni de los recursos del enemigo?

En una célebre memoria que se atribuye al príncipe Napoleon se dice categóricamente que el verdadero autor de la expedición de Crimea era el emperador de los franceses; pero como quiera que sea; no admite duda que los aliados salieron de Varna en direccion á la península táurica sin tener un dato siquiera de los que exigen las reglas del arte y aun el sentido comun. Los generales, los ministros, los almirantes y los embajadores ignoraban de todo punto las circunstancias de Sebastopol y las fuerzas de que disponia el príncipe de Menschikoff; los mapas que se tenian á la vista estaban plagados de inexactitudes; los caminos, los rios y demás obstáculos naturales eran completamente desconocidos; sabiase que el clima de Crimea era muy diferente del que ofrecen los demás países situados en las mismas latitudes; lord Raglan habia reconocido la imposibilidad de adquirir noticias auténticas; sir John Burgoyne manifestó posteriormente que en el acto mismo de verificarse el desembarco, los ingleses no tenian el menor conocimiento de los hechos ni de los lugares; el almirante Dundas ha declarado igualmente que los griegos no quisieron nunca responder á sus preguntas, y que los turcos no pudieron tampoco satisfacerles, «porque no sabian nada» y en pos de muchos esfuerzos no pudo averiguarse otra cosa sino que los rusos tenian en Crimea *de treinta mil á ciento veinte mil hombres*. No hay necesi-

dad de estenderse en pormenores para demostrar el desacierto de Napoleon III al determinar una expedicion semejante con unas circunstancias tan poco favorables, pues es evidente que la península hubiera sido la tumba de todos sus invasores si los rusos hubiesen contado con fuerzas suficientes ó hubiesen estado mas previsores, pero si es verdad, como parece, que la responsabilidad de la campaña gravita por entero sobre la frente del emperador de los franceses, no sabemos como disculpar la conducta de lord Raglan y del general Bosquet, que concluyeron por aprobar el proyecto despues de haberle impugnado con toda la energia de que era digno. En el consejo de guerra que celebraron los generales y los almirantes aliados en Varna para discutir el plan que Napoleon III habia comunicado clandestinamente al mariscal de Saint-Arnaud, lord Raglan le combatió resueltamente diciendo que para hacer una expedicion á Crimea era preciso proporcionarse previamente las noticias mas indispensables sobre la naturaleza del terreno y hallarse en estado de luchar contra la numerosa y escelente caballeria del ejército ruso, el vice-almirante Hamelin manifestó los peligros á que se verian espuestas las tropas si la falta de un fondeadero seguro las sustraia al auxilio constante de las escuadras; el príncipe Napoleon, así en su propio nombre como en el del general Bosquet y del duque de Cambridge, dijo, aludiendo á una expresion de su preopinante, que la expedicion á Crimea era una verdadera aventura, porque la idea de desembarcar en la península, batir á los rusos y marchar contra Sebastopol no era un plan formal de campaña, y el general Canrobert secundó al mariscal suponiendo muy posible desembarcar en las cercanias de Eupatoria y emprender inmediatamente la marcha para presentarse en tres ó cuatro dias á la vista de los fuertes septentrionales de Sebastopol. No era posible llevar la temeridad á mas alto grado: nadie conocia los medios de dirigir con acierto aquella expedicion aventurera; la mayor esperanza consistia en apoderarse de Sebastopol á favor de un golpe de mano, y aunque no hubieran ocurrido todos los hechos que hemos consignado en el discurso de esta historia para probar la insuficiencia de Napoleon III, que tantas simpatias escita con sus menores actos en el pecho de sus cándidos admiradores, bastaria con la expedicion de Crimea para poner de manifiesto el reducido valor de sus cálculos y de sus medidas. El autor de la indicada memoria supone que el emperador de los franceses no quiso comunicar á nadie su proyecto, porque desconfiaba de las objeciones que podian oponérsele, y aunque no tenemos datos para medir la exactitud de un aserto tan importante, que atribuye á Napoleon III la responsabilidad de todos los desastres que ha causado la campaña de Sebastopol, bien se reconoce en una resolucion tan vituperable lo que se considera por muchos como un rasgo del genio, pero que en nuestro humilde concepto es un efecto de aquella temeridad, ó si se quiere, de aquel ciego fatalismo que llevó á Rusia á Napoleon el Grande para sepultar su porvenir y su gloria bajo los abrasados escombros de Moscu. «Invadimos el territorio de Rusia, dice el mismo autor de la memoria, como invadieron los normandos el de Sicilia, como Pizarro el del Perú, ó como Hernan Cortés el de Méjico; el ejército entero estaba dominado por una vaga preocupacion ó por una inquietud inesplicable, pero si bien es cierto que todos los soldados estaban dispuestos á cumplir con sus deberes y vender cara su vida, tambien lo es que los generales rusos podian estar mas previsores y lanzarnos al mar inmediatamente sin dejarnos pernoctar en Crimea una sola noche.» La expedicion de Crimea no puede ciertamente compararse por sus peligros ó por su audacia á la invasion del Perú y de Méjico por los inmortales caudillos que incorporaron á la corona de España los inmensos territorios del Nuevo Mundo; la idea de atacar á Sebastopol con el concurso de dos escuadras y sesenta mil hombres no puede parangonarse siquiera con el proyecto que formaron seiscientos aventureros españoles para penetrar en el im-

perio de los Incas ó de Motezuma y andar por los bosques con la brújula en la mano, sin una carta geográfica que les ofreciera un indicio mas ó menos seguro de aquellas regiones misteriosas, sin otro recurso que sus armas, y sin esperanza de recibir ningun género de socorro; no era lo mismo atravesar el mar Negro con navíos de hélice que cruzar un océano desconocido con frágiles galeones, ni merecia la empresa de cruzar el antiguo Ponto las alabanzas que tributó la ignorancia de los antiguos al famoso viaje de los argonautas; pero la comparacion es exacta hasta cierto punto en un sentido, porque no habiéndose tomado las precauciones que exige la prudencia y el ingenio mismo, la invasion del suelo ruso, en los términos en que la verificaron los aliados, era una verdadera aventura. Verdad es que Napoleon III, algo menos político que Luis Felipe, se veia obligado á arrostrar las consecuencias de la lucha á que con tanta temeridad se habia comprometido; pero si la expedicion de Crimea era un desacierto, no eran menos censurables los consejos que dió el emperador de los franceses al mariscal de Saint-Arnaud para llevarla á cabo. Desembarcar en Teodosia ó Caffa, y emprender inmediatamente la marcha para penetrar en el centro del pais aprovechando todos sus recursos, ocupar á Sinferopol, vencer en seguida al enemigo, sitiár á Sebastopol y tomar la plaza en poco tiempo, no solamente no era un plan formal de campaña, sino que tambien podia considerarse como un verdadero delirio, pues cómo era posible atravesar todo el territorio de la península con sesenta mil hombres y suponer posible la victoria en el camino de Sinferopol á Sebastopol? El emperador de los franceses daba por sentado que el ejército ocuparia sin obstáculo la capital de Crimea, que luego podria empeñar una batalla sin comprometerse, y que Sebastopol se rendiria en poco tiempo; mas si el gobierno francés no hubiese consignado tan descabellados consejos en las columnas del *Monitor*, dudamos mucho que hubiera un solo hombre bastante estúpido para creerlos auténticos, porque basta con la inspeccion del mapa de Crimea para calificar como se merece un proyecto tan insensato. No se crea que nos anime en este punto ningun sentimiento de antipatia contra Napoleon III, porque estamos muy convencidos de la imparcialidad que no puede repudiar nunca el historiador; pero cuando ponemos en paralelo la conducta del rey Luis Felipe, que apesar de los muchos elementos de discordia que se encerraban en las entrañas de Europa conservó por espacio de diez y siete años una paz profunda y floreciente, con la conducta del flamante emperador que despues de haber dicho que el imperio era la paz, no supo prevenir las muy evitables causas de una guerra tan peligrosa; cuando vemos que Napoleon III, despues de haberse comprometido en esta lucha con tan ciega temeridad osaba combinar unos planes de campaña que no se atreviera á formular el estrategista mas atrasado; cuando consideramos el tono magistral con que vaticinaba la imposible ocupacion de Crimea por la fuerza de sus armas; cuando meditamos en la inalterable calma con que ha visto desmentidos constantemente todos sus vaticinios, y por último cuando vemos el desconcierto con que se ha apresurado á terminar la guerra consignando implícitamente el triunfo de Rusia en el tratado de paz que acaba de concluirse y escogitando luego una nueva alianza para llenar el inmenso vacío que se ha visto forzado á dejar en los artículos de este mismo tratado, no se nos alcanza la ceguedad general con que se reconocen los atributos del genio en la construccion de algunos edificios para proporcionar habitacion á precios módicos á una parte de las clases proletarias, ni la tenacidad invencible con que se cifra la grandeza de su reinado en la conservacion del orden á viva fuerza, ni la sinrazon inescusable con que procuran cohonestarse los innumerables desaciertos y contradicciones que se han cometido en el espacio de tres años en los teatros de la guerra y de la diplomacia.

Diráse tal vez que el emperador de los franceses no tenia ningun medio para averiguar las

circunstancias topográficas y geognósticas de Crimea; mas aun prescindiendo de la insuficiencia de un argumento que no invalida las razones espuestas, no dejaba de existir la obra del príncipe Demidoff, que da á conocer el territorio de aquella península, sino de una manera muy circunstanciada, al menos lo suficiente para comprender la imposibilidad de ocupar el Quersoneso táurico con sesenta mil hombres. El emperador de los franceses quería que el mariscal de Saint-Arnaud comenzara por ocupar á Teodosia, y en este punto debe confesarse que no andaba muy desacierto, ya porque la *Constantinopla de Crimea* carece de la antigua ciudadela de los genoveses, ya porque domina una rada segura y espaciosa; pero ningun provecho podía sacar el ejército con establecer en aquel punto la base de sus operaciones, porque ¿cómo podía llegar impunemente hasta Sinferopol desde Teodosia, cuando posteriormente no ha podido verificarlo emprendiendo la marcha desde Eupatoria, que es un camino mucho mas fácil, ni aun despues de la caída de Sebastopol? Para ir desde Caffa hasta Sinferopol es preciso seguir la carretera que conduce á Kara-su-Bazar, que está dominada en algunos puntos por encumbradas montañas, y que atraviesa una llanura árida y estéril que cuando llueve degenera en un lodazal líquido; la ciudad de Kara-su-Bazar podía fortificarse fácilmente, como que en ella se levantan los restos de una fortaleza inespugnable del tiempo de los tártaros, mayormente por su posición entre dos rios que algunas veces salen de madre, y al pié de la enorme masa de rocas blancas que se designa con el nombre de Ak-kaia; para ir de Kara-su-Bazar á Sinferopol hay un camino que corre á través de varios montes abrasados por el sol y sin vejetacion alguna, siendo necesario; antes de llegar al Zuia, faldear las pendientes septentrionales de las montañas; y por último, si bien es verdad que la ciudad de Sinferopol está situada en un terreno descubierto, en cambio podía verse amenazada constantemente por un ejército que se estableciera en los inaccesibles desfiladeros del Thadir-Dagh, que se estienden hasta breve distancia de la capital rusa de la península táurica. Todas estas dificultades sin embargo eran insignificantes y aun despreciables en comparacion de las que hubieran encontrado los aliados en el camino de Sinferopol á Sebastopol. ¿Quién era capaz de cruzar los profundos barrancos, las continuas quebradas, los pedregosos torrentes, los enormes peñascos y los escabrosos vertientes de las pintorescas montañas de Crimea? Y si se supone que no se hubiera emprendido la marcha por el interior de la península, sino en direccion á las playas occidentales para hacer un cambio de frente y en direccion al Belbek, la situacion del ejército hubiera sido igualmente crítica, como que podía hallarse encerrado entre dos fuegos por las tropas del príncipe de Menschikoff establecidas en Batchi-Serai y apoyadas en los mismos fuertes de Sebastopol, y por los refuerzos procedentes de Perekop. Nos es imposible dar á nuestros lectores una idea de estas inmensas dificultades, mas para poner en relieve la imposibilidad absoluta en que los aliados se hubieran visto de llegar á Sebastopol emprendiendo la marcha desde Teodosia y alejándose de la escuadra, que era la verdadera base de sus operaciones, basta con recordar la inercia completa á que se vieron condenados en el otoño próximo pasado, sin que pudiesen adelantar un solo paso ni del lado de Eupatoria ni por la parte del Belbeck superior, aunque no existia ya la parte meridional de Sebastopol. En suma, atravesar el territorio de Crimea con sesenta mil hombres, ó sea, salvar una distancia de cuarenta leguas por el interior de la península sin el auxilio de las escuadras, sin conocimiento ninguno del terreno, y á través de páramos y montañas para ir á tomar una ciudadela situada en el extremo contrapuesto al punto de desembarco, era indudablemente una aventura mas propia de un caballero andante que del jefe de una nacion ilustrada y belicosa.

Despues de estas sencillas consideraciones, ¿no parece extraordinario que Napoleon III reconviniera á los generales diciendo que la expedicion de Crimea no habia surtido buen resultado, porque desgraciadamente no se habian seguido sus consejos? El plan de los generales aliados no era ciertamente muy acertado, porque si los rusos hubiesen estado mas previsores, como habia dicho el príncipe Napoleon, el ejército invasor no hubiera pernoctado en Crimea una sola noche; pero por lo menos la ruina de las tropas no era inevitable, como lo hubiera sido si en vez de desembarcar en Eupatoria ó en el Fuerte Viejo para marchar en direccion al Belbeck lo hubiesen verificado en Teodosia para internarse hasta el corazon de la península. Con efecto la marcha de los aliados en direccion á Sinferopol los hubiera conducido indudablemente á una muerte cierta, porque les hubiera faltado el auxilio de las escuadras y la suficiente fuerza para escoltar los almacenes y batirse al mismo tiempo con el enemigo en las posiciones que este tenia la libertad de escoger á su gusto; mas habiendo desembarcado en las playas occidentales para emprender directamente la marcha hácia Sebastopol, nunca perdian la ventaja de verse secundados por la presencia de los tres mil cañones de sus baterías navales, y siempre se hallaban en estado de beneficiar las faltas que cometiera en aquella campaña el príncipe de Menschikoff. En una palabra, el proyecto de los aliados era un desacierto, mas el consejo de Napoleon III era un absurdo, porque ni podía presumirse que el ejército llegara á ocupar impunemente á Sinferopol, ni debia suponerse que la batalla se empeñara en el camino de esta ciudad á la de Sebastopol, ni habia la menor probabilidad de ganar esta batalla, ni era cierto en manera alguna que perdiéndola pudiesen las tropas retirarse en buen orden á Teodosia ó Caffa. Verdad es que el emperador de los franceses tenia derecho á considerar como un acto de ligereza el de marchar á la aventura sin apoderarse de un puerto ó crearse una base de operaciones, porque, como dijimos en su lugar oportuno, el hallazgo de Kamiesch fué un efecto de la casualidad, ó si se quiere, de la providencia; pero si Napoleon III reconoce á renglón seguido que el ejército no podía conservarse ni subsistir en pais enemigo sin estar en comunicacion directa con la escuadra, ¿por qué quería internarle hasta el centro de la península, alejándole de esta suerte hasta mucha distancia de la costa y esponiéndole por consiguiente á la necesidad de capitular? Lo que defraudó la esperanza de los generales aliados no fué precisamente la falta de un puerto, sino la resolucion con que los rusos echaron á fondo sus navios á la entrada de la bahía de Sebastopol imposibilitando de este modo la accion de las escuadras, que debian concurrir con el ejército al ataque de aquella plaza formidable por mar y tierra al mismo tiempo. Tan enérgica medida no cabia en las previsiones del emperador de los franceses ni de los generales en jefe; pero de todos modos si era una temeridad inexcusable asaltar la plaza con un ejército de cincuenta mil hombres situado en un roca, sin tener aseguradas las espaldas por atrincheramientos y sin otro refugio que los buques, algo mas temerario hubiera sido penetrar en lo mas escabroso del pais enemigo sin refugio alguno, no habiendo necesidad de estudiar muy detenidamente el mapa de Crimea para conocer que en este último caso las naciones occidentales se hubieran quedado sin un soldado siquiera del ejército que con tanta pompa se habia hecho á la vela desde el puerto de Varna.

Los generales aliados, algo mas inteligentes en asuntos militares que el emperador de los franceses, creian que la ciudad de Sebastopol podía tomarse por un golpe de mano, y contando probablemente con el concurso de las escuadras, aseguraban que por medio de un ataque naval y terrestre podian apoderarse de ella en seis dias. En su proclama de 25 de agosto de 1855, el mariscal de Saint-Arnaud decia á sus soldados: «No tardaremos en saludar todos juntos las tres banderas reunidas en los muros de Sebastopol (1);» sir Jhon Burgoyne decia que se iba á entrar

(1) I. Pág. 375.